

Del humor, del dolor y de la risa (crónica de una depresión)

Nunca sabré cómo llegó a mis manos el frasco de Tranquilizante- 1000 que llevaba conmigo en aquel viaje a la Costa Azul. Tampoco sabré nunca por qué llegó a unas manos —las mías— nada habituadas al consumo de pastillas de ningún tipo, y que más bien las rechazaba, debido al uso y abuso que mi madre había hecho de ellas —sobre todo de las pastillas para los nervios, como se les llamaba en casa—. Para mí, las grandes situaciones de angustia eran producto de una fuerte timidez, y sobre todo de una timidez que no se manifestaba como parquedad al hablar, sino más bien como todo lo contrario. Yo llenaba el universo entero de palabras, anécdotas y de muy inverosímiles historias, para ocultarles a sus habitantes, uno por uno, el feroz temblor de mis manos, los tremendos calambres y los atroces dolores de cabeza que determinadas situaciones me producían. No era, pues, un tímido a tiempo completo, por decirlo de alguna manera, sino un hombre que, de ser enteramente dueño de una situación, de pronto era atacado por una suerte de inesperado trastorno que lo llenaba de pánico y lo dejaba reducido a la condición de mísero tembleque al que todo se le caía de las manos, pero que, al mismo tiempo, era capaz de narrar, de principio a fin y sin alterarles una sola palabra, *Las mil y una noches*, en un loco y desesperado afán de no ser descubierto temblando y aterrado. Y a nadie he odiado tanto desde entonces como a esas personas que resuelven el expediente *timidez* con un cómodo y profundo silencio que, además, generalmente viene acompañado de una mirada lánguida al personal y de un par de ojos bien grandes y generalmente oscuros, que el mundo —el mismo detestable e infecto mundo que a mí me aterra y reduce a temblor crónico— suele encontrar hermosos, penetrantes, profundos, inteligentísimos, enamorados del bien y de mí —y/o espejos de un alma que esconde tesoros secretos y secretos tesoros—. En fin, todo esto mientras mi mal y yo no tenemos remedio alguno, según me hizo saber nada menos que un brillante psicólogo peruano que me estaba sometiendo a un brillante interrogatorio internacional para optar a una nada brillante beca francesa. Satisfecho por mis respuestas a sus preguntas, el doctor L. acababa de extraer un cigarrillo nacional y se disponía a encenderlo, cuando yo, también satisfecho por mis respuestas a sus preguntas, aunque creo que al revés, en mi caso, o sea más bien satisfecho por las preguntas que facilitaron mis

respuestas y la beca a Francia, extraje también un fósforo, y lo encendí, pero la llama ardiente arrancó a temblar en el aire, entre la corbata del doctor L., su prominente nariz aún joven, o sea que nada eminente aún, como fácilmente podemos deducir, y el maldito cigarrillo que, oh espanto, temblaba casi al mismo ritmo que mi mano le estaba imponiendo e incluso infundiendo al mundo, pues la situación empezaba a ser aterradora, pero mi mano dale con temblar y el fósforo dale con apagarse y el doctor L. dale con seguir sin lograr fumar. Y así de pavoroso, todo, hasta que aquel grande y buen narigón me dijo:

—Yo también temblaba así a su edad, joven. Y míreme usted ahora.

¡Qué bárbaro! ¡Cómo temblaba el doctor L. y qué inteligente y qué generoso era de explicármelo todo así, tan claramente y para siempre! Y, además, mientras literalmente me decía que me fuera con mi propio temblor a Francia.

Y en Francia andaba, ahora, yo, y en la Costa Azul, y en un hotelito de Saint-Raphaël, muy precisamente, cuando la esposa me dijo: «Apaga ya la luz, y déjate de cuentos». Le dije que no me atrevía a apagar la luz y a dejarme de cuentos, y ella me respondió apagando por mí y explicándome que mañana me iba a acompañar, sí, bueno, qué pesado eres, pero sólo hasta la estación del tren para que yo luego siguiera mi viaje en solitario hasta Barcelona, donde me esperaba la luz de una esperanza. La esposa se quedó dormida en pleno nuestro primer y quizás último viaje a la Costa Azul, qué despilfarro, y mi angustia y mi recién estrenado terror a la oscuridad empezaron a crecer sin explicación alguna. Y sin siquiera un antecedente alguno, por la sencilla razón de que yo nunca antes había sentido miedo por causa de la oscuridad. Ni tampoco por causa de la claridad ni de la lluvia ni del sol ni de la primavera, el invierno, el verano o el otoño. Estaba estrenando ansiedades y terrores y la esposa sencillamente no lo podía creer, y, como tantos con tantos otros inexplicables y muy recientes estrenos, se indignaba al verme así, a menudo indigno, indigno y sin respuestas. Sólo aterrado por algo que nunca antes lo había aterrado a uno. Aterrado en un cine, aterrado al ir a mis clases, aterrado de estar aterrado. Y con esos ataques de terror en medio del terror, para colmo de males, que debe de haber sido entonces cuando un alma caritativa me entregó aquel frasco de Tranquilizante-1000 que yo solía abrir y consumir en un abrir y cerrar de ojos, como quien le da a su atroz alarido el alimento debido. Pobrecita, la esposa, qué indiferente dormía a mi lado, qué inocente de mi dolor, qué de espaldas al mundo de todo dolor que no fuera de muelas y asociados, digamos. Y

cómo, enamorado y respetuoso, se aguantaba uno el alarido o lo taponeaba con una mano feroz mientras encontraba la puerta de una habitación que generalmente daba al vacío y se escapaba corriendo con el frasquito color serenidad apretado con toda el alma por una mano que, ya más de una vez, en vez de tener cinco dedos, tuvo siete, mientras que uno, siempre con ese sentido del humor tan de uno, se dijo: «Claro, pero si es un trocito de la otra mano que viene a ayudarme a abrir el frasquito». Mas resulta que la otra mano acababa de desarrollar un sentido del humor realmente colosal, porque, en vez de los dos dedos que hacían el papel de extras en la historia, se aparecía nada menos que con los diez dedos de las dos manos y por lo tanto había siete dedos de más y la esposa tan dormidita y de espaldas y gracias a Dios, eso sí, que uno ya había alimentado bien a su alarido hasta la próxima vez, que sería cuando, y no Sabe Dios cuándo sería, que es algo muy distinto a Sería cuando, de la misma manera en que entre este alarido taponeado y el próximo las intensidades se habrían duplicado, y por intensidades quiero decir el pavor, la ansiedad, la bestial angustia y su fatal compañero el temblor que va por dentro y se instala cada vez más cómodamente en nuestra muerte en vida.

Porque la depresión ha llegado sin antecedentes y sin cultura alguna sobre ella, sin experiencia que valga, y sin mecanismo alguno de defensa contra ella, o tal vez sólo ese humor que nos permite observarnos indignos de la esposa, mientras ella cree que nos hemos empequeñecido, achicado, acobardado, ante la despedida y ante el mundo en general en la estación de Saint-Raphaël, esa mañana, cuando sólo el ingrediente humor —oculto y como muerto, por ahora, pero también agazapado como un paparazzi detrás de ese árbol—, saca mil placas de la escena en la que no sólo me he rebajado para inspirar cariño, el último en esta miserable vida en común adorándonos, sino también para observar mejor cada detalle de nuestra decadencia y caída y cada detalle también de la *Nada* interpuesta con su color blanco como la ballena aterradora de Herman Melville, sí, para observarlos mejor y ayudarnos en el cuento del día en que seremos capaces de recuperar nuestra real estatura y con ella nuestra dignidad. Y, en efecto, en la primera fotografía que ese paparazzi nos mostró, tiempo después, de aquella despedida en Saint-Raphaël, era la esposa la que lloraba y lloraba, mientras me abandonaba, y éramos yo, el enfermo, y su frasquito de Tranquilizante-1000 quienes la consolaban mientras *ella nos* abandonaba. ¿Resulta cuando menos divertido, no? ¿Y resulta paradójico, no...? Por algo, claro, el escritor argentino

Julio Cortázar, que tan a menudo había recurrido a situaciones así de inexplicables, se había referido más de una vez al «lado cómicamente grave de la realidad».

Bueno, sí, ¿y por qué no...? Por qué no si ya decía Miguel Mihura que «El humor es verle la trampa a todo». Y, por su parte, George P. Burns afirmaba que: «Quien nos hace reír es un cómico. Quien nos hace pensar y luego reír es un humorista». Y, por su parte, Miguel de Cervantes escribía: «No son burlas las que duelen, ni hay pasatiempo que valga si son con daño de tercero ». Y escribía también Ramón Gómez de la Serna: «El humor hace pariente de la mentira a la verdad, y a la verdad de la mentira». O sea que: «Si vais a la felicidad, llevad sombrilla». Y ya hay hasta quien se ha atrevido a escribir, como el gran Antonio Fraguas, alias Forges, que: «Si todos los Estados reconocieran el derecho a la sonrisa como uno de los derechos humanos, se vería que tal vez al existir este derecho a la sonrisa todos los demás estarían incluidos».

Pero sigamos con esta crónica de una depresión vista con humor por todas partes, para que duela menos revivirla pasito a paso. La esposa está llegando en un tren a París, mientras que él, a quien desde este momento llamaremos el desesposado, está tapando con las justas su frasquito de Tranquilizante-1000, elevado sobre un andén de la estación de trenes de Barcelona, y sólo cuando logra taparlo bien logra asimismo poner los pies sobre la tierra, por fin, y saca de un bolsillo una agenda, mientras, *prácticamente al mismo tiempo*, y dándole a este detalle una Gran Importancia, *La Mayor Importancia*, comprueba que los cinco dedos de cada una de sus dos manos suman diez, pero de pronto mira y se desangra, porque sí: son once. Y se consuela al recordar que bueno, que en Saint-Raphaël llegaron a ser multitud y que hasta había uno con pelo rojo, y se sonríe en medio de su profunda enfermedad del alma porque ya va aprendiendo que, así como en el sencillo y envidiado y común resfriado hay altos y bajos, y en los altos trenes yo voy con ella y en los bajos descendo yo sin ti, sí, en la vida se aprende siempre, y puede ser bendita y malditamente, como en el humor y en la ironía, y así, aprendiendo un poquito más y sabiendo que sus once dedos pueden ser otra vez multitud, y entre esta uno pelirrojo, encuentra por fin el teléfono del médico de mi alma —él aún no se da cuenta del acierto, de que se les llama médicos del alma a los psiquiatras—, y sí, sí tiene cita, y es esta tarde, sí, señor, y él agradece en el alma que se hayan acordado de él, porque el ahora también desesposado ha logrado llegar solo a una ciudad y no morirse y marcar un número en el teléfono y que le

contesten, y preguntar por una persona y que le digan Sí, dar su nombre y que le digan que es esperado a tal hora, en fin, y todo justito ahora en que el frasquito de Tranquilizante-1000 se me quedó vacío. Entonces el desesposado siente que aferrarse a un frasquito vacío en una ciudad que no conoce, pero donde es esperado a una hora en punto, le devuelve cinco dedos por un buen rato a cada una de sus manos y esto lo llena de esa paz interior y triste que luego hay que expulsar agradecida y tiernamente por los rincones.

Y así resulta que ha llorado tanto para cuando llega la hora de la consulta, el desesposado, que ahí lo tenemos ahora, sentado en una habitación severa, de muebles igualmente severos, pero ante un médico que él francamente encuentra como muy poco apropiado para la situación. Porque el doctor Z., que así se llama este médico, viste juvenil y alegremente, y acaba de recibirlo con un jovial apretón de manos. En fin, cuestión de estilo, probablemente, pero uno siempre preferiría que lo trataran de acuerdo a su condición, o sea con la debida gravedad, en este caso. Y es que el desesposado acaba de soltar, cubriéndose de ridículo ante su propia memoria del presente y del futuro, que: «Aunque a usted no le parezca, doctor Z., mi mal no tiene remedio ».

Pero el doctor Z., que lleva un buen rato observándolo con una sonrisa no desprovista ni de humor ni de ternura, le dice a boca de jarro que lo que va a hacer, para empezar, es responderle a una pregunta que usted, señor desesposado, está desesperado por hacerme, pero no se atreve. Y el desesposado se rasca y rasca la cabeza pero no, nada de salirle la pregunta esa, que ahora sí, por fin, sale de labios de un doctor que, él lo sabe, acaba de salvarle la vida por primera vez. Pero ¿cuál es la dichosa pregunta, doctor? Pues que usted no se va a suicidar, amigo. La palabra *amigo*, escuchada así, en una ciudad que no conoce, de boca de un hombre al que acaba de conocer, sin su frasquito de Tranquilizante-1000, y con su lejana y adorada esposa allá, rumbo a París, cada vez más lejana, cada vez abandonándolo más, o acompañándolo menos, en todo caso, la palabra *amigo* también le ha servido al desesposado como una boya, y como mil boyas, por ser una característica de la depresión el ir de amigo en amigo como un náufrago va de boya en boya, aunque sin dejarlo saber jamás, sin agradecerlo siquiera, sólo náufragamente, que es así como vive y va por el mundo quien sufre una buena depresión.

Bien, pero hay también los terrores inesperados, la oreja gigantesca de un señor que va por la calle sin que jamás nadie se fije particularmente en él, sólo uno, sí, sólo uno, y a

centenares de metros de distancia. Como hay los dedos de la mano que sobran y además se nos aparecen pelirrojos, o las idas al cine que debemos interrumpir porque no bien se apaga la luz la angustia a borbotones empieza a estrangularnos en nuestra butaca. Por eso siempre buscamos un asiento de pasillo, y lo más cerca posible de cualquier puerta que diga exit o escape, sí, y es que a cada rato nos vamos a tener que escapar perseguidos por nuestros pavores, por esos pavores que no vienen precedidos por el más mínimo aviso, pero que nos dejan empapados y deshechos por los rincones. Sí, por los rincones, y sí, porque los rincones son como trampas de inconmensurable imantación que la vida nos va colocando hasta en las rectas más interminables. Y sí, porque el hombre deprimido camina a trompicones por ciudades que siempre le serán extrañas, sumamente extrañas. Tanto que la propia ciudad en que nacimos y crecimos puede resultarnos extraña a los seres que hemos sido invadidos por *El mal oscuro*, como llamó a la depresión el gran novelista italiano Giuseppe Bertolucci, y también a los seres que somos presa de *Los fantasmas de mi cerebro*, como a su vez llamó a la depresión el novelista español José María Gironella. Y a la depresión, creo yo, se refirió también el gran bardo popular que fue el argentino Atahualpa Yupanqui, cuando habló de que a uno «lo moja hasta'dentro, la oscuridad...».

Pero yo me estoy apoyando en una depresión personal, o sea siempre en un hecho cuyo recuento prefiero hacer desde la propia experiencia, y apoyándome a veces en un anecdotario que no por carecer de una apropiada terminología científica, por ejemplo, deje de tener su relativa importancia y, al menos para mí, una total veracidad. Por ejemplo, es muy cierto que para mí fue indispensable la confianza absoluta que, desde el primer momento, se estableció en el trato y en la relación de varias décadas (hasta su fallecimiento) entre el doctor Z. y yo. Podía ser la confianza de dos pecadores, y de dos hombres de muy distintas formaciones y orígenes y nacionalidades, pero era, digo y repetiré, confianza antes que nada y a prueba de balas. Y existió también una importante diferencia de edades, pero creo que a medida que yo pueda seguir enumerando las diferentes distancias que hubo siempre entre ese gran médico y yo, lo único que continúa creciendo más y más, incluso ahora que escribo y que hace años que él está muerto, lo único que crece y crecerá siempre es esa total confianza basada en un afecto que tuvo indudablemente de afecto paternal, filial, y de afecto fraternal. Y hasta me atrevería a decir que entre el gran médico que fue mi

amigo Z. y yo, también tuvo una profunda importancia en la terapia (al menos así lo viví yo) una suerte de profunda y multilateral complicidad. Y completo esta idea agregando que, en todo caso a mí, me ayudó muchísimo a salir de aquella depresión feroz, que él calificó de neurótica, el hecho palpable y muy real de que, desde el primer momento, o casi, nos presentáramos el uno ante el otro con todas nuestras cartas sobre la mesa y, diría yo, desnudos, sí, con el alma desnuda.

Todo esto fue importantísimo para un muchacho (yo entonces andaba por los veintisiete años) que *estrenaba y se estrenaba* en Europa, que venía de un hogar lleno de dolor callado, siempre, de silencios eternos y de tabúes que se sacrificaban ante el altar de la honorabilidad, del buen ser y el mejor parecer, en una ciudad que ya mostraba los mil muñones de la miseria y que ya formaba parte también de esa «América descalza, que habla el español de pedir y mendigar», según las duras palabras del gran escritor puertorriqueño Luis Rafael Sánchez. Yo era una suerte de heredero del silencio y la buena salud, de las buenas conciencias y los mejores modales y educación. Y, aunque esto se lo debo a mis padres y abuelos resulta que yo no salí así, o sea que resulta que yo salí asá, o sea al revés y culposo y, ¡oh gran colmo de males!, demasiado sensible como para tragarme tanto machismo. Y con coraje y hombría y navegando a contracorriente me hice escritor pero resulta que no me hice banquero pero resulta que no por eso dejé de adorar a mis padres y abuelos y hasta agradecerles por ese bien suyo que ellos habían querido poner en mis manos y en mi futuro *per vitam aeternam*.

El tremendo culposo enclenque y tembleque que recibió el doctor Z. en su despacho de Barcelona —y qué bien lo vio él— sólo reaccionaría a los estímulos del afecto, del gran cariño, incluso, y de toda esa monumental confianza que había sin duda que otorgarle para ir paliando poco a poco los atroces efectos de una soledad abrumadora, de la culpa inmensa de sentirse *otro*, de una lucidez a veces arrolladora, pero las más de las veces empapada de culpa y tremendamente generadora de desasosiego y más culpa aún, de la demencia y su dolor-locura, de una gigantesca ambición literaria pero ninguna vanidad para ponerla en práctica mucho más allá de los límites reales de un vicio oculto, y una capacidad de entrega a la juerga de la vida sólo comparable al deseo paralelo de amar y ser amado y cuyos límites, gracias a Dios, existían y se ejercían muy a menudo en la permanente necesidad de cumplir con su deber, en una gigantesca capacidad de orden que apagara las llamaradas de

los grandes abrazos, en una maniática puntualidad y en una minuciosidad para los detalles y pequeñas cosas y objetos de la vida cotidiana que en mucho semejaban a las menudas tareas que han servido tanto de terapia a las personas que viven un internamiento real, o sea de manicomio.

Yo vivo con la convicción profunda de que el doctor Z. vio en mí todas estas realidades y tendencias o posibilidades desde la tarde-noche de nuestra primera cita en Barcelona. Y a ello adjuntó —digamos— unos míticos folios que me pidió redactar en mi cuarto de pensión, esa misma noche, de tal manera que se los pudiera entregar en manos propias o hacérselos llegar en la mañana del día siguiente, un sábado, para llevárselos con él de fin de semana. Apenas volvimos a hacer mención de aquel puñado de folios que yo escribí como loco y del cual no he logrado nunca recordar una línea. Él decía que era una novela. Y él sabía mucho más que yo, pues era un gran lector y yo no era más que un debutante enfermo con sus culpas y contrastes, con su enorme pena de amor, pero también con su sentido innato del humor. Lo más probable es que en ese puñado de papeles estuviese el embrión de una primera novela. Aunque no es esto lo que me importa. Y ni siquiera es lo que él me dijo y yo a veces he creído. En realidad estoy seguro de que aquellos papeles eran un inmenso pedido de confianza y de afecto. Y a este pedido, estoy seguro, se unía otro que consistía en reclamarle al doctor un espacio para la risa y el humor —no para la comicidad ni la carcajada— en toda nuestra relación de médico y paciente y en toda aquella otra relación que debutaba esa tarde-noche y que —creo— él y yo presentimos que iba a durar para siempre.

Y lo demás fue la mencionada confianza, la distancia obligatoria de aquel tratamiento en que mucho se hizo a través de cartas que iban desde su consulta de Barcelona hasta mi departamento de París y que sólo se interrumpían cada vez que había vacaciones universitarias, ya que por aquellos años yo trabajaba dictando clases de literatura y civilización latinoamericanas en la Universidad de Nanterre, y sólo me era posible ver al doctor Z. cuando las clases se interrumpían. En estos casos, yo tomaba siempre el primer tren que saliera en dirección a la Ciudad Condal, y, no bien llegaba, llamaba siempre al consultorio y pedía mi cita como cualquier otro paciente, aunque siempre a sabiendas de que, terminada la consulta, el doctor Z., su esposa e hijos me invitarían a cenar esa misma noche. Y, aunque sin entrar en los detalles más o menos

profesionales, en cierta medida las conversaciones de sobremesa en numerosos restaurantes de Barcelona eran una suerte de comedida y más discreta continuación de algunos problemas que habíamos abordado poco antes en el consultorio. Y fue de esta manera como el doctor Z. y su familia se convirtieron para mí en la encarnación de una propia familia, pero en la cual había ingresado yo siendo ya mayor de edad. Y hoy que él ha fallecido, yo continúo viendo todo lo que puedo a su viuda e hijos. En fin, he insistido mucho en este aspecto amical de la relación médico-paciente entre aquel gran psiquiatra y formidable hombre, porque estoy convencido de que, al menos en mi caso, fue realmente indispensable. Y no sólo porque en aquellos años tan duros para mí necesitara de ese cariño, de esa familiaridad y de esa confianza, sino porque además realmente me equipó y me dio una serie de elementos que me han sido indispensables para enfrentarme a otros *bajones*, término este tan frecuente entre las personas que sabemos hasta qué punto la depresión se aleja y hasta parece olvidarnos por completo, durante largas temporadas, pero finalmente no nos suelta del todo jamás.

Pero, antes de volver a la depresión *per se*, quiero despedirme de mi gran amigo e inolvidable médico y persona, el doctor Z., contando una anécdota muy divertida que, además, creo que lo retrata bastante bien y, en todo caso, dice mucho de la gran confianza que hubo siempre entre nosotros. El doctor Z., consciente de que yo entonces vivía —a todo nivel— un largo período de vacas flacas, solía llenarme los bolsillos de todas las pastillas posibles que yo pudiese necesitar, allá, solo en París. Me atiborraba los bolsillos, la verdad, pero resulta que un día él tuvo un colerón telefónico de padre y señor mío con su cuñada, de nacionalidad suiza. Esta lo había acusado muy torpemente de haber fracasado por completo con la depresión de su hermano muy querido, y el doctor Z. había pescado tal colerón que hasta miedo nos daba por su salud a su esposa y a mí. Y hubo que arrancarle el auricular de entre sus rabiosas manos y colgarle a la cuñada suiza, cuando a gritos la estaba acusando de ser ella, por el contrario, suiza de eme, la que le estaba matando a su hermano a fuerza de ensaladas de lechuga, en vez de dejarlo que se coma una buena paella regularmente, como un español cualquiera, en fin, que hubo que cortar por lo sano aquel colerón, cuando el pobre doctor Z. se dio cuenta de que necesitaba un Tranquilizante-1000, y hasta dos, y fui yo quien tuvo que administrárselos, de entre las mil cajitas y frasquitos con que acababa de llenarme los bolsillos. Y, perdonen la apostilla, pero un médico así me

curará siempre a mí, por el hecho único de ser una persona muy humana, maravillosamente humana.

Y ahora, volviendo a la enfermedad, así como en el caso que narro el desesposado cansaba a la esposa, que había dejado precisamente de ser *su* amante esposa, para convertirse sólo en *la* esposa, siendo ellos una pareja de recién casados, y sólo por amor, y por un gran amor, además, así también creo yo que a los seres que hemos vivido *la* depresión y vivimos siempre bajo *su* amenaza, bajo su espada de Damocles, nos acompaña un cierto grado de incompreensión real o potencial, entre los seres con que vivimos y a quienes amamos. Y ello nos hace a menudo ocultarle más de un *bajón* a más de una persona de nuestro entorno más cercano. Por ello me encanta la frase aquella del francés longevo y genial que fue Fontenelle, cuando un médico que lo visitó en plena «postración», le preguntó qué sentía. A lo que el sabio respondió: «Lo que siento, doctor, es una cierta dificultad de ser. Nada más».

¿No es esta, acaso, una de las mejores definiciones de lo que es, por lo menos en sus comienzos, una depresión? Y luego, cuando la enfermedad se agrava, cuando *el mal oscuro* se agrava, ¿no se convierte esa cierta dificultad en una dificultad cierta y total? A mi modo de ver, la depresión es principalmente una autoagresión, una feroz autocrítica y permanente y cruel autoobservación que nos paraliza hasta tumbarnos totalmente. Se dice que los depresivos se convierten en seres que se ocultan incluso debajo de sus sábanas, pero a mí me consta que este mal puede agravarse hasta convertirse el enfermo en un mudo aterrado que se oculta debajo de su cama. Y conocí el extremo, sí señores, de un poeta elegante y sensual, amante de las formas, e incluso un ser para el cual el absurdo de la vida se salvaba exclusivamente por las formas, gracias a estas. Diré más, aun. Diré que la depresión puede llegar a extremos en que se convierte en un asunto ligado a nuestro presupuesto.

Pues sí. Me consta. Yo visitaba a aquel querido amigo y gran poeta en su ataúd de enfermo. No en su lecho de enfermo sino en el ataúd elegantísimo que se había mandado hacer para *morir o postrar* ahí adentro sus muy largos períodos de depresión. Sus amigos nos sentábamos horas a visitar a aquel muerto en vida, que, lo juro, jamás pronunció una palabra ni miró a sus amigos, porque sabe Dios adónde miraba, o si no es que estaba mirando directamente el fondo de la noche del dolor, autoagrediendo ahí, tan elegante como desesperado. Y recuerdo también que, durante una recaída, el desesposado de esta

crónica se pasó una larga temporada de perro metido debajo de su cama. Y a veces pienso que lo hacía incluso por un asunto presupuestal. ¿Qué cómo? Pues, digamos, que así. Miren. El desesposado, hombre amante de las formas elegantes, pero de recursos más bien muy escasos, sobre todo por entonces, jamás hubiera podido costearse un ataúd elegantísimo y casero para períodos de postración. Pero, en cambio, era, como tantos otros depresivos, hombre de humor y grandes ironías cervantinas. Quiero decir con esto que no se burlaba del dolor ni de los defectos ajenos sino de las virtudes personales o ajenas, como ocurrió con Cervantes y don Quijote. Y como el desesposado, además de hombre de humor, era amante de los perros, había escogido la parte de debajo de su cama para los períodos en que su vida era una vida de perros. Y así, de esta manera, en su dormitorio de persianas siempre cerradas, en su cámara negra, siempre había un momento en que miraba hacia un lado y comprobaba que, como a los perros que amaba, la esposa le dejaba diariamente un platillo de comida ahí en el suelo, junto a la puerta, que apenas entreabría ella, de ese velorio en vida.

Tengo para mí, y «cosas» he leído por ahí, que la depresión, cual enfermedad literaria y realmente vengativa, visita sobre todo a los humoristas. Y puedo contar, por ejemplo, que una vez en Barcelona estuve presente en una improvisada reunión de los más grandes humoristas gráficos de la España de entonces, de hoy y de siempre. Sí, señores, aquellos mismos humoristas cuyos nombres o firmas probablemente se les están viniendo a ustedes a la cabeza en este mismo momento. Para empezar, esos hombres profundos y tan serios habían escogido, para reunirse, casi el sótano oscuro y desierto de un triste bar, más que un piso bajo o una historiada cava. Nunca se rieron. Nunca nos reímos. Nunca, mientras tuve el honor de estar con ellos, de ser presentado, con muchísimo honor y orgullo y placer de mi parte, me reí. Y, sin embargo, con la distancia de los años, de unos buenos treinta años, diré que aquella fue una noche llena, de la misma manera en que, una vez al mes, la luna es luna llena. Y aquí vuelvo a recordar al gran Julio Cortázar, irreverente, cronopio inmenso, humorista genial que en aquellos setentas y ochentas se quejaba del exceso de gravedad de la literatura latinoamericana, y de que, como decía él, «en América latina, no bien un hombre empieza a escribir, se pone serio». Y agregaba el autor de mil geniales cuentos literariamente subversivos: «¿Hasta cuándo será el humor patrimonio exclusivo de los anglosajones y de Jorge Luis Borges?». Pues hasta él mismo, por supuesto, hasta el mismo

gran Cortázar, mi maestro, que, como dije antes, se ocupó ante todo del «lado cómicamente grave de la realidad». Y en los libros del gran Cortázar, como en los de tantos otros grandes cultivadores del humor, neurosis y depresión se leen muy a menudo entre líneas y en las propias líneas. También Anatole France escribía: «Es posible que me hubiera aniquilado la tristeza, si no me reanimase la facilidad para descubrir la parte cómica de las cosas».

Y, así también, como Giuseppe Berto en su ya citada novela *El mal oscuro*, el humorista triste sale al sol de la convalecencia y la salud recuperadas, a reírse un poco y bastante de su tremenda depresión. Y así, también, tantos y tantísimos humoristas más. El propio desesposado de esta crónica salió, asimismo, alguna vez, en algún libro de los suyos, a reírse abundante y exageradamente de su larga, muy larga depresión neurótica. Recogió todo lo que de ella pudo recoger e inventó con su memoria todo lo que de ella pudo inventar, como homenaje a la vida dolida, a un médico maravilloso llamado Z., a un amor perdido, a la infinita pequeñez de la que fue capaz, y así, de esta manera, logró recuperar, al menos en la literatura suya, que intenta siempre digresivamente incorporar al libro el caos y desorden de la vida, sus grandezas y miserias desmesuradas; y logró recuperar, repito, la estatura moral perdida y también el amor por unos años de su propia vida que creía perdidos para siempre.

Y lo hizo con humor. Como a mí se me ocurre decir que se debe hacer siempre. Como he visto que lo han hecho y hacen tantos humoristas que sufrieron uno y más y más *bajones*. Y como a mí se me ocurre también que hacen siempre los humoristas cuando la depresión no está, un poco o un bastante como en la canción aquella de mi infancia, que recuerdo así: *Juguemos a la ronda / mientras el lobo está*. Pero que, o tiene ahí metida una enorme elipsis, o qué sé yo, pero que, a mí me parece, debería decir, más bien: *Juguemos a la ronda / mientras el lobo no está*

Y en aquella novela el desesposado analizó, uno por uno, los efectos secundarios de un antidepresivo llamado Anafranil. Los analizó, por supuesto, literariamente. Y tanto, que el director en Suiza de los laboratorios que fabrican o fabricaban este producto le replicó varias veces, epistolarmente, desde sus puntos de vista científicos y con toda la información médica sobre aquel producto. Pero resulta que ese científico suizo era también un hombre de humor y lo que realmente salió de todo aquel intercambio de cartas fue una verdadera amistad epistolar, en la que ambos reconocían haber aprendido algo y mucho del otro, pero

en la que, también, terca pero amistosamente, cada uno se mantuvo en sus trece. El médico suizo en sus *trece* científicas y el desesposado en sus *trece* literarias y en sus *trece* de vida y de autoobservación, que diría el gran Michel de Montaigne.

Y en una sola cosa transaron, de aquella y de esta crónica de una depresión. De aquellas cartas y de este texto. Los efectos secundarios son dignos de la mejor y la peor literatura, de la misma forma en que varían según quien sea el paciente que se traga el bendito y maldito Anafranil. En fin, como la vida misma. O como diría Oscar Wilde: «El mundo se ha reído siempre de sus propias tragedias, como único medio de soportarlas». Y muy modestamente, o sólo para encontrarle un punto final a lo que no lo tiene, yo agregaría: «Sí, don Oscar. Tiene usted toda la razón. El mundo se ha reído siempre de sus propias tragedias. Pero lo ha hecho, o lo ha hecho más, o lo ha hecho mejor, a través de sus humoristas y, en especial, a través de aquellos que conocieron la muerte en vida».

Antonio Fraguas, el gran humorista gráfico y lo que se quiera del madrileño diario *El País*, de su propia depresión dijo, en una entrevista concedida a la citada revista *Jano*: «Una de las formas de curarse una depresión es verse a uno deprimido y reírse de uno mismo. Recuerdo que tuve una depresión galopante [...]; envuelto en mi manta, con barba de diez días y echado en el sofá, intentaba proyectarme desde arriba, y la verdad es que me daba risa verme tan estúpidamente chafado, y aquello se me fue pasando. Ojo, la depresión no excluye el sentido del humor. Recuerdo que durante ese tiempo jamás dejé de dibujar y de hacer chistes; incluso mi mujer recuerda aquella época y me dice que alguno de los mejores dibujos los hice en aquella época».

O sea que voy a concluir sin concluir, o mejor dicho repitiendo unas palabras de este gran Forges, que dejan esta charla abierta, al hacerlas salir de lo íntimo a lo público, o en todo caso arte del buen gobierno, que no la inmundada política. No confundamos, por favor. Y la frase es, and the winner is: Mister Antonio Fraguas, alias Forges, por sus siguientes y ya citadas palabras: «Si todos los Estados reconocieran la sonrisa como uno de los derechos humanos, se vería tal vez que al existir este derecho a la sonrisa todos los demás derechos están incluidos».

No olviden, señoras y señores, que estas son las palabras de un hombre que dijo también que la depresión no lo suelta a uno nunca. De un gran depresivo.